

Ríen todos, con la risa quebrada del vino, mientras se dirigen hacia las matas. El ha quedado solo, la botella de tinto en la mano, junto a la cueva.

A los tres pasos de la entrada, le llega la bofetada del hedor. Se detiene y grita:

— María, aquí tengo una botella de tinto. Si te dejas echar un palo, es tuya.

Tiene que gritarlo varias veces antes de que la loca asome.

Allí la tiene, desgreñada, sucia, mal cubierta por los harapos sus carnes flácidas y renegridas.

Avanza con el brazo tendido hacia la botella. Él retrocede mientras le grita:

— María, quítate el vestido, que estará lleno de piojos. Si quieres el vino, tienes que desnudarte.

Tras unos segundos de duda, la loca, con un brusco movimiento se despoja de sus harapos y se precipita hacia él, que emprende la huida, revuelto el estómago por el vino y el asco.

Suena entonces la carcajada de Julián que, con Jacobo y el Tani, ha salido de su escondrijo. Prendido en el extremo de una rama, el Julián hace ondear el astroso vestido de la loca como una bandera.

Ésta ya no corre tras él. Ahora persigue a Julián, gritando.

— *Joputa*, dame el vestido. Dame mi ropa, *joputa*.

Cansada de la inútil persecución, la loca se derrumba en la tierra. Cubierto el rostro por los esqueléticos brazos, llora con aullidos de perra, mientras Julián vocea:

— Baila María. Baila y te doy el vestido. Baila María.

Por fin se levanta. Lanza una carcajada ronca. Eleva los dos brazos y comienza a girar sobre sus pies.

Mientras se llena la noche con las risotadas de los mozos y lejos ladran los canes, María, la mendiga loca, su desnudo ennoblecido por la luna, gira y gira sobre sí misma en la danza ancestral de las antiguas sacerdotisas de la Diosa Blanca.

El alemán

— Seguro que es alemán.

Desde luego, no podían deducirlo por el uniforme, tan roto y polvoriento que no dejaba adivinar su traza original. Pero su cara ancha y sonrosada y el rubio de los cabellos, sí presentaban un aspecto germánico. Aunque también podría ser polaco, o checo, o cualquier cosa. Cualquier cosa menos español.

Estaba tendido en la tierra, rodeado por los seis hombres que le contemplaban mientras dejaban descansar en tierra los mosquetones. Una mancha roja teñía la pernera del destrozado pantalón. Juan se sentó a su lado y, tras examinar la pierna, dijo:

— Mal aspecto tiene esto, amigo. En cuanto te descuides, ya tienes la gangrena.

— Seguro que es alemán —repitió Felipe—. *¿Doislan? ¿Tú doislan?*

— *Ya, Ya* —dijo el hombre, mientras se le iluminaban vivamente los ojos—.

— Veis cómo es alemán.

Juan le estaba limpiando la herida con tintura de yodo. Debía de tener la pierna muerta, porque no hizo ningún signo de dolor.

— Pero lo que importa saber, —terció Eugenio— es si es de los nuestros o de los otros.

— Cualquiera sabe —dijo Felipe—. *¿Tú comunista? ¿O fascista? ¿Qué eres tú? ¿Estás con Hitler y Franco, o con la República?*

Allá a la izquierda, como a unos diez kilómetros, comenzaron a tronar los cañonazos.

— Y esos que suenan —terció Paco— *¿con quién están; con Franco o con la República?*

Llevaban ya tres días perdidos desde que la ofensiva había roto sus líneas separándolos de su batallón. Los disparos les indicaban donde estaba el frente, pero no quiénes eran los suyos.

Juan sacó un paquete de picadura. Lio un pitillo, arrojó el paquete vacío al suelo y, tras una chupada, le puso al alemán el cigarro entre los labios.

— Bueno, amigos, —dijo— es hora de seguir. Por la diferencia entre el resplandor y el sonido de los disparos, calculo que en hora y media estaremos allí.

— *¿Pero y si son los otros?* —objetó Paco—.

— Mala suerte.

— *¿Y con éste que hacemos? Seguro que también se ha perdido durante la ofensiva. Pero con esa herida, no puede ni moverse.*

Juan sacó del macuto una botella con un resto de coñac y la acercó a los labios del herido, que bebió ávidamente.

— Coño —dijo Felipe—, el tabaco es tuyo y puedes hacer el buen samaritano, pero el coñac es de todos y lo necesitábamos.

Juan no contestó. Arrojó al suelo la botella vacía y emprendió la marcha.

— Pero —insistió Felipe— *¿qué hacemos con éste?*

En un rápido movimiento, Juan se volvió y disparó al alemán. El tiro le alcanzó en plena cabeza.

— *¡Pero qué has hecho!* —exclamó Felipe. *¿Y si fuese de los nuestros?*

— Entonces es que también él, como a lo peor nosotros, tuvo mala suerte.

Un crimen

En la sala de espera reinaba un silencio tenso, un silencio triste, un silencio de angustia que estrangula la garganta. Por eso aquella voz fuerte y perentoria, pero que en otro lugar y circunstancia no habría destacado, resonó allí como un trueno, un latigazo amenazador y restallante.

— A ver. Los padres de Pedrito García.

El aspecto del hombre correspondía a su voz. Grande y recio, con gruesos y caros zapatos que pisan firme y seguro el suelo, con manos anchas y fuertes, manos de pulso que jamás tiembla, manos sabias de cirujano, con ojos inteligentes y fríos.

Una pareja se levantó de la silla aproximándose al hombre de la bata verde. Pequeños, humildes y oscuros, con rostros sin edad, con ojos clavados en el suelo.

— Bien, señores. Ya tienen a su hijo en recuperación. Parece que todo ha salido bien. Así que hasta la próxima. Hasta la próxima barbaridad que hagan ustedes. Y entonces otra vez aquí, a cara o cruz, a ver si yo se lo salvo o se me queda en el quirófano.

— Fue sólo un polvorón —musita la mujer sin levantar los ojos del suelo—.

— Un polvorón, un polvorón... ¿Pero ustedes no se dan cuenta de que su niño está muy enfermo? Cuando nació apenas le dábamos esperanzas de vida. Durante cuatro años le hemos hecho siete operaciones, rehaciéndole prácticamente todo su aparato digestivo. Tras la última operación, con el alta, se les dio a ustedes por escrito el régimen alimenticio que debía seguir hasta que lo trajesen a revisión. Un régimen totalmente líquido. Y van ustedes, llegan a casa, y le dan nada menos que polvorones. De verdad —y ahora su mirada recorría toda la sala de espera— que es un crimen lo que hacen ustedes con los hijos. Un verdadero crimen.

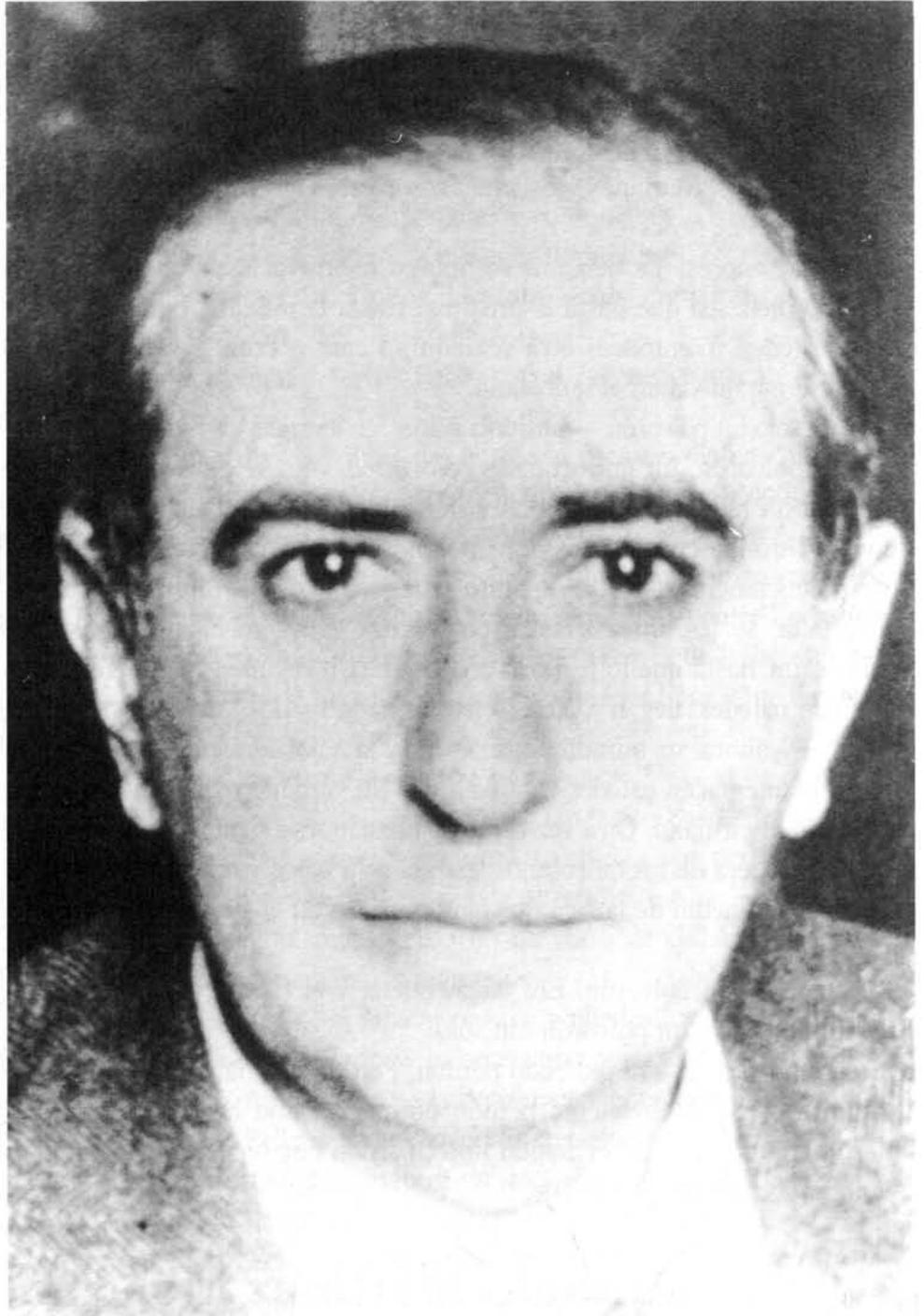
— Salíó el cirujano. Otra vez reinó el silencio, ese silencio angustioso de la sala de espera de los quirófanos, ese silencio triste y opresivo.

Inmóvil en medio de la sala, los ojos clavados en el suelo, volvió a musitar la mujer:

— Fue sólo un polvorón. Era Nochebuena y él estaba tan ilusionado... Sólo un polvorón, un polvorón tan sólo.

Era como si estuviera pidiendo perdón. Perdón por haber dado a su hijo un polvorón en Nochebuena, perdón porque su hijo hubiera nacido tan enfermo, perdón por haber tenido hijos, perdón por ser pobres y humildes e ignorantes, perdón por existir...

Antonio Martínez Menchén



Vicente Huidobro